

Israel a cuatro voces, de Silvia Cherem

Respuestas desde el dolor y la esperanza

Francisco Prieto

Silvia Cherem es una periodista que logra lo que pocos: mostrar lo que define a un tiempo, a una circunstancia, plasmar estados de ánimo, atmósferas y circunstancias, darnos, en suma, lo más verdadero de una persona, de un hecho social, y no lo prescindible. Decía Ortega y Gasset que si uno quería conocer lo más falso de una época, que leyese los periódicos. Esto no se aplica al periodismo de Cherem. Ella parte de una sólida cultura general así como de una información exhaustiva sobre el personaje al que va a entrevistar; ha analizado los periodos históricos que le tocó vivir así como el círculo de familia —“Pues yo soy el Señor, vuestro Dios, el Dios fuerte y celoso, que venga la iniquidad de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación...” (Éxodo, xx, 5)—, va siguiendo la evolución de su obra, de su pensamiento y, en lo que toca a la forma, procura casi no hacer sentir su presencia de modo que las preguntas son breves y las repuestas, envueltas en la musicalidad del habla del entrevistado, provocan en el lector la sensación de estar asistiendo a una confesión dentro de una conversación. Nunca un fiscal, Cherem hace que el otro se confíe y entre en un soliloquio que nos va entregando el alma.

Israel a cuatro voces, las de Grossman, Oz, Yehoshúa y Keret, no es, no, la voz de Israel, sino una muestra de voces israelíes con las que la autora experimenta una connaturalidad profunda y que muestra, en cada una de ellas, el peso de la otredad en la cultura judía contemporánea y, por lo mismo, la raíz democrática de un Estado que ha preservado la pluralidad no obstante haberse desarrollado al filo del agua, o sea, en peligro. Son, por otra parte, israelíes nacidos en Israel cuya lengua es el hebreo, ya no el yidish y/o una lengua europea o norafrí-

cana del territorio donde hubieran nacido o se hubieran desarrollado. De cualquier manera, su ascendencia europea es próxima y sus ancestros, los judíos de Europa, contribuyeron de un modo decisivo en la conformación de las culturas europeas. En rigor, Europa es la resultante de la tradición grecolatina dinamizada por el llamado judeocristianismo. Pero el cristianismo que convierte a los pueblos europeos es, en esencia, deudor de la Escritura hebrea. Nadie que no asuma la tradición de Israel es un cristiano verdadero. ¿Es necesario recordar que Jesús nació judío, habló como judío y la palabra de los profetas, especialmente de Isaías, estaban presentes en sus palabras? Todo esto viene a cuento porque en su escritura los cuatro escritores entrevistados por Silvia Cherem hablan a partir de una tradición que les viene desde el Libro, el libro que hizo posible la supervivencia de un pueblo que careció casi dos milenios de territorio en una perspectiva material porque, en realidad, la presencia de los judíos aquí y ahora rebasa cualquier explicación psicosociológica y refiere a lo sobrenatural. Y en esto la cristianización de los pueblos europeos, que es la que le da identidad última a Europa —que fue anterior a las naciones europeas—, fue, también, la judaización de Europa. El antisemitismo, en suma, es uno de esos absurdos que muestra la fragilidad de la razón, la irrupción de lo irracional. Como dijera don Quijote, la razón de la sinrazón que a mi razón se hace. Pues bien, los cuatro escritores de Israel vivos en el libro que presentamos hoy son, por un lado, reveladores de una realidad viviente que es la cultura israelí en el momento presente y, si bien tres de ellos provienen de una tradición europea —la de los askenazíes—, el otro, Yehoshúa, proviene de esos hebreos del nor-

te de África cuya tradición mediterránea ha sido otra, lo que no impide los vasos comunicantes, pues, como enseñara Éliane Amado Levi-Valensi, entre tú y yo, por encima de ti y de mí está la Verdad, y esa Verdad para ellos reside en la convicción de preservar al pueblo de Israel y hacerlo dando constancia de un mandato del Levítico:

Tú amarás a tu prójimo como a ti Mismo.
Yo soy el Eterno.
Le trataréis como a un hermano...
Amarás
Como a ti mismo al Extranjero que viva
Entre vosotros...
Porque vosotros habéis sido extranjeros
En el país de Egipto.
Yo soy el Eterno, vuestro Dios.

Dicho de otra manera, esa verdad presente en esos cuatro escritores refiere al espíritu ecuménico. Véase, si no, cómo el pensamiento de los judíos europeos del siglo xx revela la complejidad de la otredad que se vuelve una constante del pensamiento filosófico. Scheler y Buber, Bergson, Fromm, Jabés, Levinas...

Y no sólo la tradición centroeuropea judía da cuenta de esa contribución a la construcción de Europa sino, asimismo, esa otra tradición sefardí inseparable de la más fina espiritualidad europea de la que Fernando de Rojas y la conversa Teresa de Ávila dan buen testimonio.

Diferentes tradiciones y carismas de las que provienen los israelíes y que han venido produciendo un complejo universo presente en el Estado de Israel gracias a un diálogo siempre vivo que ha sido posible en la instauración de una democracia que da constancia del paso de la Ilustración. Inmerso en el Medio Oriente, con una len-

gua de la que se saben cocreadores y que es en más de un sentido deudora del árabe, esos autores israelíes escriben desde un contexto específico del que saben, como narradores que son, que tienen que dar cuenta de él, pero se saben, también, descendientes de la gran literatura europea, no una circunscrita a alguna de las naciones europeas específica. Este universalismo que se finca en la realidad concreta vivida recuerda la de aquellos rusos que irrumpieron con una vitalidad asombrosa en el escenario literario de Europa como años más tarde lo harían los novelistas iberoamericanos. Descendientes de padres y abuelos que supieron de la existencia del mal, que se vieron inmersos en lo demoníaco, a diferencia de los iberoamericanos y en una medida menor de los rusos, los escritores israelíes no pueden ceder a la trivialidad, a ese espíritu de ligereza que se ha apropiado de tantos escritores de hoy; son conscientes de que no pueden aislar su propia problemática de la del mundo circundante, que como sus ancestros tienen que vivir atentos al otro y a los otros sabedores de que el otro detrás de una sonrisa puede esconder un odio feroz, que el saludo puede ser tan solo la preparación para dar un golpe artero, inesperado. Aun un escritor joven e irreverente, lleno de humor, como Etgar Keret, no escapa a esto. Como escribe Silvia Cherem:

En la poderosa voz de Keret, en sus metáforas literarias y cinematográficas [...] hay dinamita pura. Proliferan los caracoles que sorben el cerebro, las pócimas para el desencanto, los agujeros de soledad, los hoyos y recovecos para intentar abrir puertas inesperadas. La rebeldía irreverente que mina sin contemplación cada una de las apologías con las que se ha construido la identidad israelí.

Amos Oz y David Grossman pelearon para defender el derecho a la existencia del Estado judío pero no se dejaron confundir en un nacionalismo pueril, en un fundamentalismo criminal; vieron a los otros a los ojos, se confrontaron con los otros y confrontaron a los suyos, dieron sentido al objetivo sin sentido del suicidio de una madre devorada por el silencio, de la muerte en el frente de un hijo comprometido con el destino de su pueblo que no era, sin embargo,

un joven que no advirtiera las virtudes de los otros; Grossman, Oz y también Yehoshúa tuvieron que lidiar con el silencio de sus ancestros porque, Vallejo lo dijo, hay golpes en la vida tan fuertes, yo no sé, golpes como el del odio de Dios, y el que ha experimentado el silencio de Dios cuando la Shoá se vive condenado a no hablar porque, ¿cómo es posible comprender tanta iniquidad, tanta destrucción, tantos despojos de un pasado que cobraría sentido en el proyecto de vida de cada quien, y un proyecto que segaron para siempre, reencuentros que ya no se pudieron dar, espacios que nunca más se habrían de recuperar? Esos hombres tienen un sí mismo que no se puede diseccionar y para ello el Libro tiene también una repuesta: hay que seguir adelante, no mirar atrás, no desfallecer, porque uno

se convertiría en una estatua de sal petrificada. Le dice Amos Oz a Silvia Cherem:

En las librerías israelíes, mis libros y los de otros autores nacionales se ubican en el rubro de Siporet [prosa narrativa]; no existe la categoría Ficción. A diferencia de otros países en donde al escritor se le considera una persona que entretiene a su público —porque hasta a Shakespeare o a Balzac así se les veía—, en la tradición judía ancestral un escritor es un profeta. Ello resulta una carga enorme; sin embargo, al escribir literatura, sí tengo un serio compromiso con la verdad. Con las múltiples verdades.

David Grossman, por su parte, califica a Israel de milagro: “Milagro —le dice a Silvia Cherem— es un término religioso y yo soy un ateo, pero sólo en este contexto lo uso porque no hay un término más puntual”. Y le dice también que “Israel fue creado literalmente de las cenizas [...] Gente que fue arrollada por la historia, humillada hasta lo más íntimo, fue capaz de regenerarse, de recrear el hebreo y rescatar la herencia judía para fundar un país democrático con agricultura, industria, ciencia y tecnología de altos vuelos...”.

Yehoshúa da, en fin, un testimonio bellísimo de un humanismo para el siglo XXI:

El conflicto ha permitido alimentar mi literatura; no he tenido que inventarles enfermedades fatales a mis personajes ni someterlos a accidentes de tráfico; el drama que vivimos está a flor de piel. Pero estoy un poco cansado del conflicto, de la realidad nacional que nos rebasa, del antisemitismo, del odio. Estoy tocado por el fuego amigo y por el fuego de los enemigos. Por las muertes sin sentido. A ratos pido una tregua. Como escritor, como ser humano...

En este desierto del amor y de la conciencia moral que padecemos, *Israel a cuatro voces*, de Silvia Cherem nos hace presente que solo desde el dolor se vislumbra la esperanza, que solo dejándose la piel se alcanza la vida perdurable de la poesía. **U**



Silvia Cherem



Silvia Cherem S., *Israel a cuatro voces, Conversaciones con David Grossman, Amos Oz, A. B. Yehoshúa, Etgar Keret*, Khálida Editores, México, 2013, 209 pp.